

se les ha enterrado, y que, sin embargo, sobreviven únicamente para decir en alta voz que la introducción de un lienzo lleno de ambiente y de vida en la gran fosa común del «Salón» ofende la dignidad del arte.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EDUARDO MANET

El escritor que trata de mostrar minuciosamente la personalidad de un artista, emprende un trabajo delicado. Semejante tarea es siempre difícil, y únicamente puede llevarse á cabo con toda amplitud y con toda verdad, cuando el artista en cuestión ha terminado su obra, cuando el hombre ha dado todo lo que su talento prometía. En este caso se somete al análisis un conjunto completo, se estudia bajo todos sus aspectos un genio, y es posible trazar un retrato exacto y preciso sin miedo de omitir detalle alguno. El crítico experimenta vivísima alegría cuando piensa que está en su mano la facultad de diseccionar un ser, que va á verificar la anatomía de un organismo, y que en seguida va á reconstruir un hombre real y viviente

con todos sus miembros, sus nervios, su corazón, sus delirios y su materialismo.

Yo, estudiando hoy al pintor Eduardo Manet, no puedo disfrutar de semejante alegría. Este artista dió á luz sus primeras obras notables hace seis ó siete años todo lo más, y no me atrevo á juzgarle de una manera absoluta por los treinta ó cuarenta lienzos suyos que he podido ver y apreciar. En este caso no hay conjunto determinado. Hoy se encuentra en la edad febril en que el talento crece y se desarrolla, y hasta la fecha no ha revelado seguramente más que una parte de su personalidad artística; tiene por delante mucha vida, mucho porvenir y muchos azares de todo género, para que yo intente fijar su fisonomía en estas páginas de un modo definitivo.

Yo no hubiera emprendido la tarea de bosquejar su silueta, única cosa que me es dable hacer, si razones particulares y poderosas no me impulsaran á ello. Las circunstancias han hecho que Eduardo Manet, joven todavía, ofrezca asunto para hacer un estudio de lo más curioso é instructivo. La extraña posición que el público, los críticos y los artistas sus colegas le han creado en el arte contemporá-

neo, merece ser estudiada y explicada claramente. Hoy no trato de analizar solamente la personalidad artística de Eduardo Manet, sino nuestro movimiento del arte y las opiniones contemporáneas en materia de estética.

Un caso extraño se ha verificado, y es el siguiente: Un joven pintor, obedeciendo ingenuamente á sus tendencias en el modo de ver y de comprender, empezó á pintar fuera de las reglas sagradas que enseñan en las escuelas; de este modo produjo obras que tenían un sabor amargo y fuerte y que hirieron la vista de las gentes, acostumbradas á perspectivas distintas. Y he aquí que estas gentes, sin tratar de explicarse el por qué aquellos cuadros herían su vista, injuriaron al pintor, insultaron su buena fe y su talento é hicieron de él una especie de muñeco grotesco, diversión de papanatas.

Semejante motivo ¿no debe ser interesante objeto de estudio? Un curioso, independiente como yo, ¿no tiene razón para detenerse al pasar por delante de la multitud irónica y ruidosa que rodea al joven pintor y le ensordece con sus gritos?

Me figuro que al cruzar por la calle encuen-

tro una gavilla de pilluelos que apedrean á Eduardo Manet. Los críticos—mil perdones, quise decir los agentes de policía—desempeñan mal su misión; en vez de calmar el tumulto lo aumentan, y hasta—¡Dios me perdone!—me parece que los agentes llevan en la mano enormes adoquines. Semejante espectáculo tiene algo que me entristece á mí, transeunte desinteresado, libre y tranquilo.

Me acerco, interrogo á los pilluelos, á los agentes de policía y aun á Manet mismo, y una convicción se arraiga en mi ánimo. Me explico entonces la cólera de los granujas y la blandura de los agentes, pues comprendo qué crimen ha cometido el paria á quien lapidan. Vuelvo á mi casa, y en honor de la verdad escribo el juicio que mis lectores hallarán á continuación.

Un solo fin me guía: apaciguar la ciega irritación de los alborotadores, hacerles pensar de modo más juicioso, rogarles que abran los ojos, y en todo caso, que no chillen de esa manera en la calle. Y les pido que hagan crítica desapasionada, no solamente para Eduardo Manet, sino para todos los temperamentos especiales que se presenten. La misión de abo-

gado que asumo ensancha su campo de acción, y el fin que me propongo no es ya procurar que se acepte á un hombre, sino al arte todo entero. Estudiando en Eduardo Manet la acogida que se ha dispensado á las personalidades artísticas originales, protesto contra ella y hago de una cuestión individual otra que interesa á todos los verdaderos artistas.

Repito que, por varias razones, este trabajo no puede ser un retrato definitivo; se reduce á consignar una situación, y por tanto es una especie de acta en que constan ciertos hechos lamentables, que me parece revelan de modo harto triste á qué punto, dos siglos casi de tradición, han conducido al vulgo en materia de arte.

I

El hombre y el artista.

Eduardo Manet nació en París el año de 1833, y acerca de él tengo muy pocos detalles bio-

gráficos. La vida de un artista, en estos tiempos en que la civilización ha dulcificado tanto las costumbres, es la tranquila vida de un burgués que pinta cuadros en su estudio como otros venden azúcar detrás de un mostrador. La melenuda raza del año 30 ha desaparecido, á Dios gracias, completamente, y nuestros pintores se han convertido en lo que deben ser; esto es, personas que viven como todo el mundo.

Eduardo Manet, después de haber pasado algunos años en Vaugirard con el abate Poiloup, terminó sus estudios en el colegio Rollin. Tenía diez y siete años cuando salió del colegio, y en esta época empezó á sentir amor al arte. ¡ Amor terrible! Los padres toleran que sus hijos tengan una querida y dos también, y cierran los ojos, si es necesario, para no ver la desvergüenza del corazón y de los sentidos; pero las artes..., la pintura sobre todo es para ellos la gran Impura, la Cortesana, siempre hambrienta de carne fresca que ha de beberse la sangre de sus hijos y revolverlos, palpitantes aún, en sus espantosas fauces. El arte es la orgía, la licencia imperdonable, el espectro sangriento que á veces surge en me-

dio de las familias para turbar la paz del hogar doméstico.

Manet se embarcó á los diez y siete años para ir á Río Janeiro, y sin duda la gran Impura, la Cortesana, siempre hambrienta de carne fresca, se embarcó con él y acabó de seducirle en medio de las luminosas soledades del cielo y el Océano; habló á su carne, hizo que ante sus ojos se balancearan amorosamente las brillantes líneas de los horizontes y le habló de pasión con el dulce y vigoroso lenguaje de los colores. Eduardo Manet, á su regreso, pertenecía en cuerpo y alma á la Infame.

Cuando dejó el mar visitó la Italia y la Holanda. El, por entonces, no se conocía, y viajó como un joven ingenuo, perdiendo lastimosamente el tiempo. Prueba de ello es que al volver á París entró en el estudio de Thomas Couture como discípulo de éste, y allí permaneció por espacio casi de seis años, con las manos atadas con preceptos y consejos, chafallando en plena medicina, y sin saber qué camino tomar. Manet tenía un temperamento especial que las primeras lecciones no pudieron doblegar; y semejante educación artística, contraria á su naturaleza, influyó en sus tra-

bajos, aun después de abandonar el estudio del maestro. El joven luchó en la sombra durante tres años, y trabajó sin saber qué hacía ni qué quería, hasta 1860, época en que pintó *El bebedor de ajeno*. En este lienzo se advierte todavía una vaga impresión de las obras de Thomas Couture, pero aunque en germen, contiene ya la manera personal del artista.

La vida artística de éste, desde el año 60 hasta hoy, es harto conocida del público. Todo el mundo recuerda la extraña sensación que algunos lienzos suyos produjeron en la exposición Martinet y en el «Salón des Refusés» el año 63, y nadie ha olvidado el tumulto que sus cuadros *Cristo y los Angeles* y *Olimpia* ocasionaron en los «Salones» de 1864 y 1865. Hablaré de este período de su vida cuando haga el estudio de sus obras.

Eduardo Manet es de mediana estatura, más bien bajo que alto; tiene la barba y el cabello de color castaño claro y los ojos pequeños, vivos, profundos y brillantes; la boca es característica, de labios delgados, expresiva, y los plieguecitos que marcan en las comisuras de los labios, le dan un aspecto un tanto burlón,

El conjunto de sus facciones, que son irregulares pero finas y expresivas, indica agilidad, audacia y desprecio hacia la necedad y lo trivial. Y si desde el rostro pasamos á examinar la persona de Eduardo Manet, encontraremos un hombre de amable y exquisito trato, de porte distinguido y de simpático aspecto.

Tengo necesidad de detenerme en estos pequenísimos detalles. Los farsantes contemporáneos, esos que ganan el pan haciendo reír al público, han convertido á Eduardo Manet en una especie de bohemio, de galopín, de coco ridículo; y el público ha admitido como verdades las bromas y las caricaturas. Las caprichosas figuras que los graciosos de oficio han creado, distan mucho de la verdad, y, por lo tanto, es conveniente presentar al hombre tal cual es.

Este me ha confesado que le gusta frecuentar el mundo, y que entre las delicadezas, el perfume y las lures de la buena sociedad encuentra íntimo goce. Esta tendencia de Manet á frecuentar los salones, es hija sin duda de su pasión por los colores grandes y vivos; pero también tiene en el fondo la innata necesidad

de distinción y de elegancia que se refleja en todas sus obras.

Tal es su vida. Trabaja mucho, y el número de lienzos suyos es ya considerable; pinta sin desanimarse, sin cansarse, y obedeciendo á su naturaleza, avanza siempre sin mirar atrás. En su vida íntima gusta de los tranquilos goces de la burguesía moderna; frecuente asiduamente la sociedad y lleva idéntica vida que todo el mundo, con la circunstancia de que quizá sea más apacible y mejor educado que muchos.

Era indispensable consignar lo expuesto antes de hablar de Eduardo Manet como artista. Una vez que lo he hecho, podré decir más fácilmente lo que á mi entender es la verdad para que la oigan las personas que están prevenidas contra el artista. Supongo que estas personas dejarán de calificar de pintamonas al hombre cuya fisonomía acabo de bosquejar con cuatro rasgos, y escucharán con política atención el desinteresado juicio que voy á exponer acerca de un artista sincero y convencido. Persuadido estoy de que el perfil exacto del verdadero Eduardo Manet causará sorpresa á más de una persona, y en lo sucesivo la

gente le estudiará con atención menos inconveniente y con risas menos incorrectas. La cuestión es la siguiente: la escuela de este pintor es ingenua y propia, y se trata de saber si es consecuencia del talento ó de un error lamentable.

No quisiera sentar como principio para servirme de él como de un argumento favorable á Eduardo Manet, en la época en que éste perdía el tiempo en el estudio de Thomas Couture, que el poco éxito del discípulo que trabaja bajo la dirección de un maestro es signo de que aquel tiene talento original. El artista pasa forzosamente por un período más ó menos largo de dudas y de vacilaciones, y es costumbre que todos pasen este período en el estudio de un profesor. No veo mal alguno en ello. Si los consejos dificultan á veces el que los talentos originales nazcan y se desarrollen, no los impiden manifestarse un día, porque si el artista vale, acaba por olvidarlos completamente en plazo más ó menos lejano.

Pero en el caso que nos ocupa, me complazco en considerar el largo y penoso tirocinio de Manet como síntoma de originalidad. Si citara aquí los nombres de todos los artis-

tas á quienes sus maestros han desanimado y que luego han llegado á ser hombres de indiscutible mérito, la lista sería larga. El maestro dice: «V. nunca hará nada»; lo que sin duda significa: «lejos de mí no hay salvación posible, y V. quiere alejarse.» ¡Dichosos aquellos á quienes los maestros no reconocen por continuadores suyos! Son hombres de otra especie, cada uno de los cuales aporta una palabra para la gran frase que la humanidad escribe y que jamás estará completa; su destino es llegar á ser maestros egoistas, y personalidades artísticas determinadas.

Eduardo Manet, cuando se encontró libre de los preceptos que una naturaleza distinta de la suya le imponía, trató de inquirir y de ver por sí mismo. Permaneció algún tiempo como dolorido de los palmetazos que había recibido; tenía en la punta de la lengua, como vulgarmente se dice, la nueva palabra, pero no podía pronunciarla. Después, el artista llegó á tener los ojos en condiciones de distinguir claramente los objetos, la lengua expedita, y habló.

Mas lo hizo en un lenguaje rudo y á la par gracioso que asustó al público. No digo ya

que el lenguaje fuera completamente nuevo ni que estuviera exento de algunos giros españoles; de todos modos, las personas que le escucharon pudieron comprender fácilmente, por el atrevimiento y la verdad de ciertas imágenes, que había nacido un artista. Este hablaba un idioma que había hecho suyo y que desde entonces le perteneció en propiedad. La aparición de un artista verdadero, como Manet por ejemplo, me la explico de esta manera: el artista llegó á comprender que copiando á los maestros y pintando la naturaleza, como la veía á través de concepciones distintas de la suya, no conseguía nada; entonces creyó sencillamente que debía intentar el medio de copiar del natural, sin tener en cuenta para nada las obras y las opiniones ajenas. Concebida esta idea, para llevarla á la práctica tomó un modelo cualquiera, un ser ó una cosa; la colocó en su estudio y empezó á reproducirlo en el lienzo con arreglo á sus facultades de visión y de comprensión. Hizo esfuerzos para olvidar cuanto había estudiado en los museos, y trató de no recordar los consejos que le habían dado y las pinturas que había visto. De este modo sólo le quedó la pro-

pia inteligencia ayudada por órganos que reunían ciertas dotes, puesta en frente de la naturaleza y traduciéndola á su manera.

En tales condiciones, produjo el artista una obra que era él en cuerpo y alma. Dicha obra, indudablemente se parecía á la gran familia de los humanos, entre las cuales tenía hermanas á quienes se asemejaba más ó menos. Pero era bella con belleza suya, quiero decir que tenía vida propia. Los distintos elementos que la componían, recogidos acaso acá y allá, formaban un conjunto de aspecto particular y de gusto nuevo, y tal conjunto, creado por vez primera, era una fase del genio humano desconocida aún. Eduardo Manet había descubierto el camino, ó, mejor dicho, habíase descubierto á sí mismo; veía con sus propios ojos, y á partir de entonces, cada uno de sus lienzos debía de ser una traducción de la naturaleza hecha en aquel lenguaje que él había inventado.

Ahora ruego al lector que me ha seguido hasta aquí y tiene el buen deseo de comprenderme, que mire las cosas bajo el punto de vista de la lógica, única que permite juzgar desapasionadamente una obra de arte. Sin este

equisito jamás llegaremos á entendernos; él conservará las creencias generales, yo partiré de axiomas que distan mucho de ellas, y así la distancia que nos separe será mayor cada vez, hasta que al llegar á la última línea, él me califique de loco y yo le crea poco inteligente. Es menester que procedamos como el artista lo ha hecho: olvidando la riqueza de los museos y las exigencias de las mal llamadas reglas; prescindiendo del recuerdo de los cuadros que debemos á pintores que ya no existen, y no viendo más que la naturaleza, frente á frente y tal como ella es; no buscando, en fin, en las obras de Eduardo Manet más que una traducción de la realidad, hija de un temperamento y llena de humano interés.

Me veo obligado á exponer, á pesar mío, al llegar á este punto, algunas ideas generales. Mi estética, ó más bien, la ciencia que llamaré estética moderna, difiere demasiado de los dogmas predicados hasta el día, para que yo me atreva á hablar antes de que se me haya comprendido perfectamente.

La opinión del vulgo acerca del arte es la siguiente: Hay una belleza absoluta, ajena al artista, ó por mejor decir, una perfección ideal,

á la que tienden todos, y cada uno se acerca más ó menos. Tal belleza es la medida común que se aplica á todas las obras, y según éstos se acercan ó se alejan de ella, se les atribuye más ó menos mérito. Las circunstancias han hecho que el marco escogido sea la belleza griega; de suerte, que los juicios emitidos acerca de todas las obras de arte que la humanidad ha dado á luz, son el resultado de la mayor ó menor semejanza de dichas obras con las griegas.

Vemos, pues, que la vasta producción del genio humano no pasa del estado de capullo, y se reduce á las creaciones del genio helénico. Los artistas de este país, al encontrar la belleza absoluta digieron la última palabra, y una vez fijada la medida común ya no se trató más que de reproducir los modelos con la mayor exactitud posible. Personas hay capaces de demostrar, que los artistas del Renacimiento fueron grandes porque fueron imitadores. El mundo se ha transformado por espacio de más de dos mil años, las civilizaciones se han levantado ó se han hundido, las sociedades se han precipitado ó se han consumido en medio de costumbres variadas siempre; los artistas,

por otra parte, han brotado acá y allá, en los fríos y pálidos días de Holando como en las tibias y voluptuosas noches de Italia y de España. Mas, ¡qué importa!; la belleza absoluta ha permanecido inmutable, dominando las edades, y contra ella se han estrellado miserablemente las pasiones, la vida y las imaginaciones que han sufrido y gozado durante más de dos mil años.

Veamos ahora mis creencias en materia artística. Abarco con una mirada la humanidad que ha vivido, y que ante la naturaleza siempre, en todos los climas y en todas las circunstancias, ha sentido la necesidad de crear humanamente, de reproducir por medio de las artes los objetos y los seres. De este modo se ofrece á mis ojos un gran espectáculo, cada una de cuyas partes me interesa y me conmueve profundamente. Todo gran artista ha venido al mudo para darnos una traducción nueva y personal de la naturaleza. La realidad es el elemento fijo, y los diversos temperamentos, á través de los cuales se ve aquélla, son los elementos creadores, que imprimen á las obras caracteres diferentes. El interés, poderosamente humano, de las obras de arte, con-

siste para mí en estos caracteres diferentes y en estos aspectos siempre nuevos. Quisiera que los lienzos de todos los pintores del mundo estuvieran reunidos en una inmensa sala, para que así pudiéramos leer, página por página, la epopeya de la creación humana. El tema sería siempre la misma naturaleza, la misma realidad, y las variaciones serían las maneras particulares y originales que los artistas hubieran empleado para copiar la gran creación de Dios. Todo el mundo debe situarse en medio de esta vasta sala, para juzgar con libertad las obras de arte; pues así la belleza no aparece cosa absoluta, y no es una ridícula medida común; lo bello es la vida humana misma, porque el elemento humano, mezclándose al elemento fijo de la realidad, da á luz una creación que á la humanidad pertenece. La belleza vive en nosotros. ¡Qué me importa una abstracción filosófica! ¡Qué una perfección soñada por un grupo de hombres! Lo que me importa á mí, hombre, es la humanidad, mi gran madre; lo que me impresiona, lo que me entusiasma es encontrar en el fondo de cada creación humana, de cada obra de arte un artista, un hermano que me presente la naturaleza bajo un nuevo

aspecto, con todo el vigor ó toda la dulzura de su personalidad artística. Una obra vista de tal modo, me narra la historia de un corazón y de un cuerpo, me habla de una civilización y de una comarca. Cuando, colocado en el centro de aquella inmensa sala, de cuyos muros penden los cuadros de todos los pintores del mundo, echo una ojeada sobre el vasto conjunto que forman, veo el mismo poema escrito en mil lugares diferentes, y no me canso de leerlo y releerlo en cada uno de aquellos lienzos, encantado con la fineza y el vigor de cada dialecto.

No puedo dar aquí por entero el libro que me propongo escribir acerca de mis creencias artísticas, las cuales hoy, me limito á indicar á grandes rasgos. No derribo ídolos ni artistas. Acepto las obras de arte á título de manifestaciones del genio humano; todas me interesan casi igualmente y todas tienen la verdadera belleza: la vida, la vida en sus múltiples expresiones siempre variadas y nuevas. La ridícula medida común ya no existe. La crítica estudia la obra en ella misma y la declara grande cuando encuentra que es una buena y original traducción de la realidad; en-

tonces afirma que el Génesis de la creación humana tiene una página más y que un artista ha nacido dando á la naturaleza nueva alma y nuevos horizontes. Nuestra creación se extiende desde lo pasado á lo infinito del porvenir; cada sociedad producirá sus artistas y cada uno de éstos aportará su personalidad. Ningún sistema, ninguna teoría puede contener las incesantes producciones de la vida. Nuestra misión, cuando juzgamos obras de arte, se reduce á consignar los diversos lenguajes de los temperamentos, á estudiarlos y á decir cuál es la novedad que en ellos encontramos. Los filósofos, si necesario fuere, se encargarían de redactar las fórmulas á este fin. Quiero únicamente analizar hechos, y las obras de arte no son otra cosa.

He dejado á un lado el pasado y me coloco, sin tener en la mano marco ni regla, delante de los cuadros de Eduardo Manet, como haría delante de hechos nuevos que deseara explicar y comentar.

En estos cuadros, me llama la atención, en primer lugar, la relación de los tonos entre sí. Me explicaré. En una mesa hay colocadas frutas que se destacan sobre fondo gris; entre

ellas, según están más ó menos distantes, hay tal gradación de colorido, que forma una completa escala de tonos. Si tomamos como punto de partida un tono más claro que la nota real, tendremos que seguir la gradación siempre en la misma forma, esto es, más clara; y haremos precisamente lo contrario, si partimos de una nota más oscura. Esto es lo que llaman, según creo, ley del valor de los colores. Corot, Courbet y Eduardo Manet son quizá los únicos que en la escuela moderna han obedecido constantemente á esta ley, que da á las obras una gran precisión, mucha verdad y una perspectiva encantadora.

Eduardo Manet, ordinariamente, parte de un tono más claro que el de la naturaleza. Sus pinturas son doradas y luminosas. La luz, rica y clara, ilumina los objetos de una manera dulce y suave, sin el menor efecto forzado, y los personajes y los paisajes aparecen envueltos en una alegre claridad que llena el lienzo entero.

Lo segundo que me llama la atención, es consecuencia necesaria de la exacta observancia de la ley del valor de los colores. El artista, colocado en frente de un asunto cual-

quiera, se deja guiar por la impresión de sus ojos que lo ven representado en ricos tonos que obedecen unos á otros. Una cabeza apoyada contra un muro no es más que una mancha más ó menos blanca sobre un fondo más ó menos gris; y el vestido, en inmediato contacto con la figura, es, por ejemplo, una mancha más ó menos azul, puesta al lado de la otra más ó menos blanca. De esto nace una gran sencillez, casi no hay detalles, sino un conjunto de manchas delicadas y bien vistas, que á algunos pasos de distancia dan al cuadro un admirable relieve. Me detengo en esta condición de las obras de Manet, porque es la que en ellas domina haciendo que sean lo que son. El carácter artístico del pintor consiste en la organización de sus ojos; Manet lo ve todo dorado y en conjunto.

Llámanme la atención, en tercer lugar, la lindeza un tanto seca de algunas de sus figuras, pero encantadoras. Entendámonos: no me refiero aquí á la lindeza blanca y de color de rosa que tienen las cabezas de porcelana de las muñecas; hablo de otra que es penetrante y verdaderamente humana. Eduardo Manet es un hombre de mundo, y en sus cuadros hay

ciertas líneas exquisitas, ciertas actitudes delicadas y bonitas que atestiguan su afición á la elegancia distinguida. Esto es efecto del elemento inconsciente, de la naturaleza misma del pintor. Y aprovecho la ocasión para protestar contra la afinidad que se ha tratado de encontrar entre los cuadros de Eduardo Manet y los versos de Carlos Baudelaire. No ignoro que una viva simpatía ha unido al poeta y al pintor; mas creo poder afirmar que el último no ha cometido nunca la necesidad de querer mezclar las ideas y la pintura. El breve análisis que acabo de hacer de su talento prueba con cuanta ingenuidad copia á la naturaleza; si reúne varios objetos ó figuras es únicamente guiado por el deseo de obtener hermosas manchas y bellos contrastes. Sería ridículo empeñarse en ver un soñador místico en un artista que obedece á semejante temperamento.

La síntesis después del análisis. Cojamos un lienzo cualquiera del artista y no busquemos en él más que lo que contiene: objetos iluminados y figuras reales. El aspecto general, ya he dicho que es de un dorado luminoso. Los rostros, inundados de luz, aparecen casi

sin detalles, los labios son simples rasgos y todo está simplificado y se destaca del fondo en vigorosos conjuntos. La precisión de los tonos lo hace todo, y da ambiente al cuadro y fuerza de efecto á cada cosa. Alguien ha dicho, por burla, que los lienzos de Eduardo Manet le recordaban los grabados de Epinal, y hay mucha verdad en esta burla que es un elogio; los métodos son idénticos en éstos y en aquéllos; las tintas se aplican del mismo modo, con la sola diferencia que los obreros de Epinal emplean los tonos puros, sin cuidarse del valor, y Eduardo Manet los multiplica y establece entre ellos la relación justa. Más interesante sería comparar esta pintura simplificada con los grabados japoneses; una y otros tienen de común la extraña elegancia y las magníficas manchas.

Un lienzo de Manet produce á primera vista una impresión algo dura, porque no estamos acostumbrados á ver traducciones de la realidad, tan sencillas y sinceras. Además, ya he dicho que en los mencionados lienzos se nota á veces una elegante dureza que sorprende. La vista no distingue al principio más que tintas ampliamente distribuidas, pero

luego los objetos empiezan á señalarse, van ocupando sus puestos, y al cabo de pocos segundos el conjunto aparece vigoroso y la persona que mira siente verdadero encanto al contemplar aquella pintura clara y pura que reproduce la naturaleza con dulce brutalidad, si se me permite la frase. Acercándose al cuadro, se ve que la factura es más bien delicada que buena; el artista sólo emplea la brocha y de ella se sirven con mucha prudencia; no se nota aglomeración de colores, sino una capa unida. Este hombre audaz, del cual tanta burla se ha hecho, tiene un método muy prudente, y si sus obras ofrecen un aspecto particular, es debido únicamente á la manera completamente personal que el artista tiene de ver y representar los objetos.

En suma, si alguien me interrogara, si alguien me preguntara qué nueva lengua habla Eduardo Manet, yo respondería: habla un idioma compuesto de sencillez y de precisión. La nota característica es la dorada que llena el cuadro de luz. La traducción que nos da es fiel y simplificada, y para hacerla ha procedido por grandes conjuntos, señalando sólo las masas que los forman.

Nos es necesario, no me cansaré de repetirlo, olvidar mil cosas para comprender y saborear este talento. En el caso que nos ocupa, no se trata de la investigación de la belleza absoluta; el artista no pinta historia ni almas; lo que las gentes llaman composición no existe para él, y la tarea que se impone no es representar un pensamiento ó un hecho histórico. Por eso no se le debe juzgar como moralista ni como erudito, sino como pintor. Este trata los cuadros de figuras como en las escuelas se permite tratar los de naturaleza muerta; quiero decir que agrupa las figuras algo al acaso, sin cuidarse más que de fijarlas en el lienzo tal como las ve, con los vivos contrastes que resultan al destacarse unas de otras. No podemos pedirle nada después que nos da una traducción tan fiel, que es literal. Manet no podría cantar ni filosofar; sabe pintar, y esto es todo: tiene el don—y en esto consiste su temperamento propio—de coger los tonos dominantes en toda su delicadeza; y poder de tal manera modelar como él lo hace los seres y las cosas.

Es un artista hijo de nuestra época; en él veo al pintor analizador. Todos los problemas

se han discutido; la ciencia ha querido apoyarse en bases sólidas y ha vuelto á la observación exacta de los hechos. Semejante movimiento no solamente se ha producido en el orden científico; todos los conocimientos, todas las obras humanas tienden á buscar en la realidad principios firmes y definitivos. Nuestros modernos paisajistas llevan gran ventaja á los pintores de género y de historia, porque han estudiado el campo, contentándose con representar el primer bosque que han encontrado. Eduardo Manet aplica el mismo método á todas sus obras; mientras otros se devanan los sesos para inventar una nueva *Muerte de César* ó un nuevo *Sócrates bebiendo la cicuta*, él coloca tranquilamente en un rincón de su estudio algunos objetos y algunas personas y se pone á pintar analizándolo todo con cuidado. Lo repito, es un simple analizador; su tarea es mucho más interesante que los plagios de sus colegas. El arte tiende, de este modo, á la certeza; el artista es intérprete de la verdad, y sus obras tienen, para mí, el gran mérito de ser precisas descripciones hechas en una lengua original y humana.

Alguien le ha acusado de imitador de los

maestros españoles. Concedo que haya alguna semejanza entre sus primeras obras y las de los maestros; el hombre es siempre hijo de alguien. Pero á partir de su *Almuerzo en el campo*, me parece que el pintor que nos ocupa ha afirmado claramente la personalidad artística que he tratado de analizar y comentar brevemente. El público quizá haya creído, al verle pintar escenas y costumbres españolas, que buscaba modelos del lado allá de los Pirineos. De esto á acusarle de plagiarlo no hay más que un paso. Por lo tanto, conveniente es hacer constar que si Eduardo Manet ha pintado *espadas y majos*, ha sido porque tenía en su estudio trajes españoles, cuyos colores le parecían bellos. Manet cruzó por España el año de 1865, y sus lienzos son demasiado característicos para que nadie pretenda reconocer en el pintor á un bastardo de Velázquez ó de Goya.

II

Las obras.

Ya puedo hacerme entender mejor al hablar de las obras de Eduardo Manet. He indicado á grandes rasgos los caracteres del talento de este artista, y ahora cada lienzo que analice vendrá á apoyar con un ejemplo el juicio que he emitido. Conocido el conjunto, sólo se trata de hacer y conocer los detalles que lo forman. Haciendo constar la impresión que cada cuadro me ha producido, mostraré por completo la personalidad artística del pintor.

Las obras de Eduardo Manet son ya considerables; porque éste, trabajador sincero y laborioso, ha empleado bien los seis últimos años. Deseo á los que de él se burlan y le califican de pintamonas, de ocioso y chocarrero, que tengan ánimos semejantes á los suyos y tanto amor al trabajo como él tiene. He visto en su

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO